

como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad y dichosa la débil constitución de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su mujer, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO V

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de doña Eufrosina dando unos gritos desaforados. — Corra su mercé, decía, corra su mercé, que quién sabe qué le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia, fuímos apresuradamente á la vivienda de doña Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre y á su madre privada en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apenas comenzaba doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata¹ de Santa Rosa, ya vieja, llamada doña María, quien nada menos era tía primera de la enferma y de doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora doña Eufrosina las saluciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venía, comenzaron á determinar remedios cada una á cual más. Una mandaba ligarle las piernas; otra apretarle el estómago fuertemente; ésta darle á oler el humo de la lana prieta; aquélla echarle agua fría en la cara y pecho; quien recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estómago; cual unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra, allí todas eran médicas y nadie se tenía en menos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran embadurnado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete y le habrían hecho absorber más humo que el que cabe en un globo aerostático si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que se le hiciera nada de eso, diciendo que

¹ Así llamaban á las hermanas de cofradías ó comunidades de legas que vestían hábitos religiosos y no guardaban clausura. Las había de Santa Rosa, del Carmen, etc. E.

muchas medicinas de aquellas eran inútiles y las demás perjudiciales, como son las fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veían sus remedios desaprobados dejaban todas de expresar los sentimientos de su cariño hacia la enferma del mejor modo que podían. Una le apretaba el estómago, otra le tenía las manos, ésta le levantaba la cabeza, aquélla prevenía el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo calificué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruído y prudente. La prisa con que lo llamaron y el alboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea y deseoso de cumplir con su obligación, gastó pocas palabras en saludar y se dirigió á la paciente. Le tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, le vió la cara con atención y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaría perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo, una de las señoritas, que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo menos que decirle: — Señor, ¿que no receta usted? —

No hay necesidad, respondió el médico; y la dicha madama, creyéndose desairada le dijo: —¿Cómo no? ¿pues no ve usted cómo está esta niña, y que si sigue así con este temblor se nos puede quedar entre las manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete usted á lo menos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazón? Yo no entiendo de eso, pero fuí sobrina de un famoso médico que era doctor borlado, y todos los días iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y del agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque al que anda en la miel algo se le pega; y ya usted sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

—Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema; no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que los tenga el álcali, cuando no los desmerecen el agua del pozo, la saliva, el carbón, los orines, etc.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de usted digo: que de loco todos tenemos un mucho, y más cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos; pero de medicina y de poesía creo que muchos tenemos más de entremetimiento que de inteligencia. Por mí le aseguro á usted que de poeta no tengo ni

mucho ni poco. Una vez me quise meter á componer una quintilla; no la pude acabar, y me quedé en cuatro pies como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médicos. Cada cual debe hablar de lo que entiende y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprensión, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla; á cuya pregunta el médico contestó que la iba á hacer para reprender á una niña que pensaba acertar en materias que no entendía, y decía de este modo:

Si sin noticia ni guía
quieres ir por un camino
que no sabes, Celia mía,
te perderás de continuo,
y.

—Será una bobería, dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quién lo lleve ó lo dirija. — ¡Vea usted qué ocurrencia! dijo el médico en tono de admiración; usted ha concluido mi verso fácilmente en un instante, y yo no pude concluirlo en cuatro noches, después de haberme quemado las cejas á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos con-

sumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente usted tiene más de poetisa que de médica.

Bien distraídos estaban todos con la conversación, unos hablando y los demás oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio, sorprendiéndose el verse rodeada de tanta gente, entre la que extrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluída su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues éste era el único y legítimo remedio en tales excesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaría á la escalera, cuando entró en la sala don Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venían de jugar cuatro ó cinco treguas al billar, las que había ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á don Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incómodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del desafío, reñía ásperamente á sus amigos, los que con una humillación servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que éste se incomodaba más, y decía:— Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mí no me duele perder el dinero; con cien pesos

yo no soy ni más rico ni más pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata, pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos una, y que aun la última tregua, llevándola tan aventajada, hubiera quedado por ellos. ¡Vamos, que ustedes son buenos *chanflas!*

—Este zonzo tuvo la culpa, respondió el colegial, señalando á un alférez; yo le decía que no tirara fuerte, sino que vendiera el mingo; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mí y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

—No hay cuidado, decía el militar, la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola pifiada y la mesa tuerta fueron la causa de que errara la bola, que si no, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

—Eso sí, decía Langaruto, después de los ladrones trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú echando bravatas. ¡Ya se ve! la bola, el taco y la mesa tuvieron la culpa, ¿no es verdad? Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajoncito del salvado. ¡Anda, chanflón!

Muy incómoda estaba Eufrosina oyendo la acalorada disputa que su esposo tenía con sus amigos, sin hacer el menor aprecio de su mal; y así hecha una furia se le-